
**ITINERANCIA Y PROVISIONALIDAD.
EL PUEBLO DE ISRAEL
COMO METÁFORA ANTROPOLÓGICA**

**VI CONGRESO INTERNACIONAL DEL FÓRUM DE LAS ORGANIZACIONES
CRISTIANAS PARA LA PASTORAL DE CIRCOS Y FERIAS**

DR. FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

Barcelona, 6-9 de noviembre de 2005

1. Los pretextos

Los textos bíblicos son susceptibles de múltiples interpretaciones. Se puede leer en ellos las vicisitudes y las peripecias históricas del pueblo de Israel, su andadura en este mundo, las gestas de sus principales representantes y la épica de un pueblo que sigue vivo en la historia de la humanidad; pero dicha historia puede también interpretarse en clave simbólica y extraer de ella enseñanzas fundamentales sobre la condición humana.

La gran filosofía personalista del siglo XX y, en particular, Martin Buber y Emmanuel Levinas se inspiran profundamente en dicha tradición, en el foco espiritual que representa Jerusalén, y desde este patrimonio simbólico elaboran aportaciones definitivas para comprender el sentido y la razón de ser del hombre en el mundo. Las tradiciones simbólicas constituyen elementos fundamentales para una correcta y honda comprensión de la naturaleza humana, pero sólo si se superan determinados prejuicios y preconcepciones negativas, se puede llevar a cabo la tarea de la interpretación.

La itinerancia y la provisionalidad constituyen dos rasgos fundamentales del pueblo de Israel, pero también lo son de la condición humano. Ya antes del advenimiento de la cultura judeocristiana, el ser humano es concebido como un ser en camino, como un viajero que aspira a conquistar un mundo ideal, que se orienta hacia una Itaca y que en dicho viaje experimenta situaciones de grave dolor y dificultad. Ulises representa el paradigma del viajero y expresa, en el marco cultura griego, el sino de la condición humana.

La comprensión del ser humano como un ser caduco, frágil y vulnerable es muy propia del universo bíblico. Polvo del polvo, recipiente de arcilla, el ser humano es comprendido como una realidad constitutivamente efímera, instalada en un ser contingente, un ser que se opone al Ser necesario de Dios. Esta visión del ser humano como *ens indigens* no está todavía nada presente en las antropologías de corte helenístico y, sin embargo, revela una de las verdades fundamentales del ser humano que también será ahondada y reconocida explícitamente por filósofos ateos del siglo XX.

Ser contingente, efímero e indigente, he aquí nuestra más íntima condición, lo que realmente somos y que tan fácilmente ocultamos y falseamos.

Constitutivamente, somos seres itinerantes, *in statu viae*; seres frágiles, vulnerables, cuya existencia es efímera y sujeta al devenir histórica. En la entraña del Antiguo Testamento se articula una antropología teológica que describe las dimensiones fundamentales de la persona y que, a pesar, de la distancia epocal que nos separa de tales relatos, nos reconocemos en tales caracterizaciones de lo humano.

El objetivo fundamental de esta exposición consiste en abordar los conceptos de *itinerancia* y de *provisionalidad* como rasgos fundamentales de la condición humana.

Para ello, exploraremos dichos conceptos y nociones afines en los textos bíblicos y, posteriormente, trataremos de ver el sentido de la Revelación de Dios en la historia y su mensaje liberador. Para llevar a cabo dicho cometido, centraremos la atención en los textos veterotestamentarios.

2. La provisionalidad del ser humano

2.1. Nada humano permanece

Israel, siempre en movimiento, nómada y luego exiliado, no experimenta nunca verdaderamente lo que significa permanecer. De hecho, no existe ni siquiera una palabra en hebreo para expresar esta noción. El narrador se ve obligado a describir meramente lo que ve: a un hombre sentado (Gn 25, 27), al vencedor de pie, único superviviente de una batalla (1 Sa 17, 51), o también las tiendas plantadas habitualmente en los mismos pastos (Gn 16, 12; 25, 18).

Esta aspiración fundamental de Israel es, también, la gran aspiración humana. Todo pasa, todo fluye, nada permanece y, sin embargo, el ser humano aspira a permanecer, a subsistir, a no descomponerse para siempre en la desmemoria de los tiempos. Siente angustia y congoja cuando interioriza su condición efímera y aspira alcanzar un ámbito de plenitud, un estado de permanencia, independiente de los avatares, los cambios y las metamorfosis de la vida humana. El itinerario tiene, pues, un destino final, una meta, que, en sentido estricto, no es de carácter tangible, ni se identifica con una tierra física, sino con un estado de plenitud, con un reino de paz, bienestar y reposo.

Este pueblo, siempre en marcha, sueña con reposar de las fatigas del desierto, quiere instalarse y vivir en paz en la tierra que le ha prometido Dios (Gn 49, 9.15). Al atardecer de cada grande etapa de su historia piensa Israel plantar sus tiendas para una morada segura (Dt 12, 8ss). Y a la mañana de las nuevas partidas cobra alientos escuchando a los profetas que le anuncian un lugar que echará raíces (Am 9, 15), una tienda que ya no se arrancará (Is 33, 20), o incluso una casa estable y una ciudad bien fundada (2Sa 7, 9 ss). De este modo, permanecer es un ideal esperado siempre, pero no alcanzado nunca, que no hallará su realización sino en Dios.

Esta situación vital del pueblo de Israel constituye una extraordinaria metáfora para comprender el destino y la razón de ser del hombre en el mundo. En términos bíblicos, el ser humano es un eterno viajero, un esforzado itinerante que no puede permanecer en la tierra, que no dura; que como toda carne, semejante a la hierba, su vida es corta. El hombre, en definitiva, se marchita y muere (Is 40, 8; Job 14, 2).

El mundo en el que vive parece por lo menos más estable (2Pe 3, 4), la tierra está sólidamente asentada sobre sus bases (Sal 104, 5) y Dios garantiza a Noé las leyes de la naturaleza (Gn 8, 22). Pero aún así, la tierra también es frágil y efímera, pues tal y como se expresa en el *Antiguo Testamento*, esta promesa vale únicamente mientras dure la tierra, pues los cielos se conmovieron (Heb 12, 26ss) y Cristo previno ya a los suyos “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt 24, 35).

Desde esta perspectiva religiosa, el mundo no es una ciudad permanente; hay que salir de él (Heb 13, 13s); el cristiano mismo sabe que “su morada terrena” no es sino “tienda” que habrá que evacuar para ir a domiciliarse cerca del Señor (2Cor 5, 1-8).

El ser efímero experimenta el deseo de permanecer, pero todo cuanto le rodea está sujeto al cambio y a la transformación. Sólo Palabra que Dios revela en la historia, en el mismo seno de la finitud, adquirirá valor de permanencia, sólo esta Palabra tendrá un sentido eterno y será interpretada por el creyente como el centro espiritual de su vida, como lo que debe guiar y orientar su itinerancia por este mundo.

2.2. La necesidad de ser acogido. La morada

En la comprensión bíblica del ser humano, la morada juega un papel predominante. Dado que el ser humano es vulnerable, frágil y efímero, necesita de un lugar para su desarrollo, para poderse refugiar de la intemperie y de las tormentas exteriores. Para vivir, tiene el hombre necesidad de un medio favorable y de un abrigo protector; de una familia y de una casa.

Dios no se contenta con dar al hombre una familia natural y una morada natural; sino que desea introducirlo en su propia casa, no sólo como servidor, sino a título de hijo; por eso Dios, después de haber habitado en medio de Israel en el templo, envió a su Hijo único a construirle una morada espiritual hecha de piedras vivas y abierta a todos los hombres.

El hombre aspira a tener un lugar, donde se halle en su casa, un nido, como dice el viejo proverbio (Prov 27, 8), un techo que proteja su vida privada (Eclo 29, 21). En la casa, el hombre vive con sus hijos, que están allí permanentemente, le gusta recibir en ella a huéspedes. Una casa tiene tanto valor que el que acaba de construirla no debe ser privado de vivir en ella. Construir una casa, desde esta perspectiva, no consiste, solamente, en edificar un inmueble, sino en fundar un hogar, engendrar una descendencia y transmitirle lecciones religiosas y ejemplos de virtud; es obra de sabiduría; es incluso obra divina que el hombre solo no puede llevar a término.

Pero más allá de nuestra efímera casa, está la promesa de la morada definitiva de Dios, abierta a todos los seres humanos, pretéritos, presentes y futuros. Dios nos invita a colaborar con él a construir esta casa, cuyo fundamento es Jesucristo, piedra angular y viva y que está hecha con las piedras vivas que son los creyentes. Cristo, dándonos acceso cerca del Padre, no nos ha hecho solamente entrar como huéspedes en su casa, nos ha otorgado ser de casa, ser integrados en la construcción y crecer con ella; porque cada uno viene a ser morada de Dios cuando está unido a sus hermanos en el Señor por el Espíritu.

2.3. La puerta. El deber de acoger al otro

La puerta juega un papel simbólico definitivo en la casa humana. Separa el ámbito exterior del ámbito privado, la masa de la comunidad, el reino de los otros, del reino de los propios. El ser humano necesita de un hogar para poder vivir, necesita ser acogido en un ámbito cálido. Israel tiene experiencia de lo que es la esclavitud y esta memoria actúa como imperativo ético a lo largo de la historia. El deber de acoger al extranjero, de hacerle un lugar en la propia casa, de darle cobijo y protección, de responder a sus necesidades está íntimamente relacionado con la memoria de la negatividad, de lo que sucedió en Egipto.

El imperativo de la hospitalidad está muy presente en la mentalidad del pueblo de Israel. La puerta abierta deja pasar, entrar y salir, permite la libre circulación; expresa la acogida (Job 31, 32), es como una posibilidad ofrecida (1Cor 16, 9). Cerrada impide el paso, protege o expresa una negativa.

La experiencia ética irrumpe cuando el destino del otro no nos es indiferente, cuando la fragilidad de otro nos incumbe como si fuera nuestra misma debilidad. El ser provisional desea ser acogido y la ética nos exige construir estructuras de acogida para que todo ser humano tenga una casa donde habitar, un lugar donde refugiarse de la intemperie del mundo.

3. La itinerancia como modo de vida

3.1. Vivir es correr

A lo largo del *Antiguo Testamento* se compara la existencia humana a una marcha y no sólo a una marcha, sino que se convierte en una carrera cuando se quiere evocar una obediencia solícita o una misión urgente.

En la pluma de san Pablo, esta carrera se convierte en una carrera de obstáculos, en una especie de combate deportivo que exige sacrificios para que pueda reportar la victoria. Lejos de dejarnos detener por los obstáculos (Gal 5, 7), “rodeados de tan gran nube de testigos..., corramos con constancia la carrera que se nos ha propuesto, fija nuestra mirada en el jefe de nuestra fe” (Hb 12, 1s). En toda esta carrera, no se puede olvidar que todo proviene de Dios y sólo de Él. “Esto no depende ni del que quiere ni del que corre, sino de Dios que usa de misericordia” (Rm 9, 16).

Esta vida de carrera describe muy nítidamente la situación del hombre en el mundo. En ocasiones puede no saber cuál es el motivo fundamental de dicha carrera, ni cuáles son los móviles de tal actividad, pero el ser humano está siempre en movimiento, busca una paz y una felicidad que siempre le trascienden, está abierto a un infinito que, de ningún modo, puede hallar plenamente expresado en ninguna realidad finita.

3.2. La Palabra de Dios corre

Dios permanece inalterable, idéntico a sí mismo, inmutable a lo largo de la historia, pero su Palabra corre; es rápida, eficaz y dinámica. La Palabra de Dios acomete, como un guerrero, contra Job (Job 16, 4), según la imagen del salto que ha reemplazado a la de la rapidez del corredor: “Dios envía su palabra a la tierra, rápida corre su palabra” (Sal 147, 14).

Pablo evoca este pasaje cuando pide que se ore para que “la palabra del señor realice su carrera” (2Te 3, 1). También los profetas como corredores del rey, corren a proclamar la palabra. Hasta los profetas a los que Dios no ha enviado hacen otro tanto: “Ellos corren; yo no les he dicho nada, y ellos profetizan” (Jer 23, 21).

De ahí se deduce un doble movimiento que no siempre se da de modo simultáneo. El ser humano, en tanto que ser itinerante, se mueve hacia el ideal de su propia realización, está implicado en una carrera que no sabe ni cómo, ni cuándo terminará. Simultáneamente, Dios se revela en la historia y manifiesta su Palabra y esta Palabra corre a buscar al ser humano, persigue la conciencia del *homo viator*, para hacerse presente en el foro interior de su conciencia y revelarle el sentido definitivo de la existencia humana.

3.3. El desierto, lugar inhóspito

En el itinerario del pueblo de Israel hacia la Tierra Prometida debe cruzar un lugar inhóspito, un ámbito que tiene un rico significado simbólico: el desierto. También el ser humano, en su larga peregrinación hacia la paz definitiva debe cruzar desiertos difíciles de superar. La carrera tiene obstáculos, escollos, donde uno llega a tener la impresión de que no podrá superar tales pruebas y que va a sucumbir a su impotencia.

La significación religiosa del desierto se orienta diferentemente según que se piense en un lugar geográfico o en una época privilegiada de la historia de la salvación. Desde el

primer punto de vista, es el desierto una tierra que no ha bendecido Dios; allí es rara el agua, como en el huerto del paraíso, antes de la lluvia (Gn 2, 5), la vegetación raquífica, la habitación imposible (Is 6, 11); hacer un país un desierto es hacerlo semejante al caos de los orígenes (Jer 2, 6). En resumen, en esta perspectiva, el desierto se opone a la tierra habitada como la maldición a la bendición.

Ahora bien, y tal es el punto de vista bíblico dominante, Dios quiso hacer pasar a su pueblo por esta tierra espantosa (Dt 1, 19), para hacerle entrar en la tierra donde fluyen la leche y miel. Este acontecimiento va a transformar el simbolismo precedente. Si el desierto sigue conservando el carácter de lugar desolado, sobre todo evoca una época de la historia sagrada: el nacimiento del pueblo de Dios. El simbolismo bíblico del desierto no puede, pues, confundirse con tal o cual mística de la soledad o de la fuga de la civilización; no enfoca una vuelta al desierto ideal, sino un paso por el tiempo del desierto, análogo al de Israel.

El paso por el desierto está regido por una intención doble. Es un camino expresamente escogido por Dios, aunque no era el más corto (Ex 13, 17), porque Dios quería ser el guía de su pueblo (13, 21). Dios quiso, por lo tanto, que su pueblo naciera en el desierto, sin embargo, le prometió una tierra, haciendo así de la permanencia en el desierto una época privilegiada, pero provisional.

El camino que Dios ha marcado por el desierto no tiene nada que ver con la estancia del pueblo de Israel en la buena tierra de Egipto, en la que no faltaban alimento y seguridad. Durante el duro viaje, echan de menos la vida ordinaria, por penosa que fuera en Egipto; preferían aquella vida a la vida extraordinaria confiada únicamente al cuidado de Dios; deseaban más aquella vida de esclavos que la muerte que amenazaba, el pan y la carne que el insípido maná. El desierto revela, de este modo, el corazón del hombre, incapaz de triunfar a la prueba que se le somete. Pero Dios no se desentiende de su pueblo, sino que le cuida y le acompaña como un padre a un hijo durante su etapa de crecimiento.

La vida humana permanece bajo el signo de la prueba en tanto no haya entrado en el reposo definitivo. Vivimos todavía en el desierto. La figura del desierto es, pues, indispensable para comprender la naturaleza humana y el lugar itinerante del hombre en el cosmos.

4. Dios como fundamento

4.1. Dios permanece

Todo pasa. Lo nuestro es pasar, pero Dios permanece. Esta afirmación articula el edificio de la antropología teológica. Dios que es, que era y que viene (Ap 4, 8), “es el Dios vivo, él perdura para siempre” (Dan 6, 27). Sentado en los cielos, inaccesible, morada santa y eterna, se ríe de las amenazas.

Se le describe como la roca estable sobre la que hay que apoyarse. Su Palabra (Is 40, 8), su designio (Is 14, 24), su promesa (Rom 4, 16), su realeza (Dan 4, 31), su justicia (Sal 111, 3), su amor (Sal 136) permanecen para siempre. Él es quien da solidez a todo lo que en la tierra posee alguna estabilidad en el orden físico como en el orden moral (Sal 119, 89 ss).

Así el justo es como un árbol plantado, que se mantiene en pie el día del juicio (Sal 1, 3ss) o como el hombre que, fiándose de las palabras de Cristo, fundó su casa sobre la

piedra (Mt 7, 24ss), es decir, sobre Cristo, única piedra angular inconmovible (Is 28, 16). En efecto, el hombre para subsistir, debe apoyarse en la solidez de Dios, es decir, creer (Is 7, 9), perseverar en la fe en aquel que es “el mismo ayer, hoy y para siempre” (Heb 13, 8).

4.2. Dios en lo más hondo de nuestra provisionalidad

En el *Nuevo Testamento* se aporta un dato fundamental: El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1, 14). El Emmanuel cuyo reino no tendrá fin debe permanecer siempre (Jn 12, 34), porque el Padre permanece en él y él está en el Padre. Y sin embargo, debe cesar su presencia sensible; debe abandonar a los suyos (13, 33), pues debe preparar la casa del su Padre (14, 2ss). El Dios que permanece eternamente igual a sí mismo se encarna en la historia bajo la figura del siervo para hacer partícipe al ser humano de la eternidad de su Palabra. Jesucristo es, desde este punto de vista, la encrucijada entre el tiempo y la eternidad, entre lo efímero y lo fundamental, es la humanidad plena y la plenitud de Dios revela al hombre.

Estas dos características fundamentales de la condición humana: la provisionalidad y la itinerancia, constituyen los puntos de partida elementales para una recepción y presentación del mensaje liberador de Cristo. Cuando uno se reconoce a sí mismo como frágil e itinerante, se abre a la dimensión de lo permanente y del reposo definitivo. Cuando uno se sabe indigente, siente la necesidad de escuchar al Otro para hallar un fundamento permanente a su existencia.

El mensaje final de la antropología teológica no es apocalíptico, sino esperanzado: Dios salva al ser humano de su provisionalidad; Dios se manifiesta en la historia para mostrarle el horizonte final de su carrera. El ser humano tiene la libertad de elegir, tiene el derecho a tomar su opción fundamental y Dios la respetará eternamente; porque el Infinito niega y respeta el finito creado; pero el Dios-Padre no puede dejar de interrumpir su silencio eterno y manifestarse en Palabras al hombre.

Como dice Soeren Kierkegaard, la pasión de Dios es comunicarse. Cuando el destinatario del *Evangelio* son personas que desarrollan su vida cotidiana en un plano de provisionalidad e itinerancia, la posibilidad de que dicho mensaje sea significativo y tenga recepción en ellas, es muy superior que cuando el destinatario genérico son personas que se instalan en el mito de la autosuficiencia y que consideran que su vida ya ha alcanzado un estado de quietud y de permanencia que, antológicamente incompatible, con el ser de la condición humana.